



AQUI FINALIZA LA PEREGRINA HISTORIA DE LA Princeſa de Dinamarca, el Conde Federico, y el Principe de Albania. Se refiere la marabilloſa Viſion, que eſte Principe tuvo para deſpoſarſe con la Duqueſa Iſabèla.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe, que la Princeſa
deſeſperada, y corrida
con la reſpueſta del Conde,
á ſu quarto ſe retira,
y de ſus hermoſos ojos
diſparando baterias
en municiones de perlas
las roſas de ſus mexillas
triſtemente cultivaba,
y de eſta ſuerte decia:
Ingrato, y aleve Conde,
mal pagaſte mis caricias,
falſas fueron tus finezas,
y tus promeſſas mentidas:
cruel has ſido conmigo,
mas de leal te acreditas.
Finalmente ſe reſuelve,
aunque con grandes fatigas,
en otorgar los conciertos,
que con Albania tenia.
El Conde quando lo ſupo,
à el Rey ſuplicado havia,
le concedieſſe licencia,
porque era coſa preciſa
el volver à ſus Eſtados,
ſegun ſu hermana le aviſa;
por no hallarſe á el deſpoſorio
de ſu Princeſa divina.
El Rey, y toda ſu Corte
ſintiò mucho ſu partida;
pero el Principe de Albania
apreſurò ſu venida,
y en aceleradas marchas
llegó à el Palacio, ò la Quinta
de la Duqueſa Iſabèla,
hermana, que dixe arriba
del gran Conde Federico,
y à recibirle ſalia;

La

la Duquesa es muy hermosa,
y por extremo entendida,
es afable, y cariñosa,
y en efecto es toda linda,
El Principe viò sus ojos,
su discrecion, gallardia,
y Cupido le tirò
una flecha tan activa,
que el corazon le atraviesa,
y el alma quedò cautiva.
Ya no se acuerda del trato,
ni concierto á que venìa:
solo à la Duquesa adora,
y à la Princesa no estima,
porque solo la Duquesa
es objeto de su vista.
Y como con gran cortejo
estuvo alli quatro dias
en vivo fuego abrasados
y por mitigar sus iras,
una noche à media noche
hizo la accion atrevida
de arroxarse à su retrete,
camarin donde dormia.
Con una llave maestra
una falsa puerta abria;
la Duquesa està rezando,
y apenas viò su osadìa,
descolgando dos pistolas,
de esta suerte le decia:
Reportese vuestra Alteza,
que à su perdicion camina,
ó vive Dios, que en su pecho
tiene de vér esculpidas
de estos incendios de fuego
sus balas insensitivas.
Por donde entrò vuestra Alteza,
retirese á toda prisa.
Pero el Principe responde:
Cesse, Isabèla querida,
cessen, mi Duquesa hermosa,
tus bien concertadas iràs:
què mas balas, que tus ojos,
què mas rayos, que sus niñas?
De Albania la Real Corona
oy à tus plantas la miras,
tu has de ser Reyna, Duquesa,
aquesta mano lo afirma,
mano, y palabra te doi,
y tambien cedula escrita,
con mi Sello Real firmada,
si es, que assi mi fè acreditas.
Era el Principe galan,
y la Duquesa, que via
su noble resolucion,
y Corona, que le brinda,
todavia no contenta,
le dice: Principe, mira
lo que emprendes en dexar
á la Princesa mi prima,
ofendiendo á Dinamarca,
lo que resultar podia.
Este es mi gusto, Duquesa,
aunque el mundo se arda en iras,
tu has de ser Reyna, Isabèla,
esto mi fè lo publìca.
No estoi, Principe, contenta,
entra en mi Oratorio, y mira,
que me jures la palabra
ante la Imagen Divina
de este hermoso Crucifixo.
Y el Principe de rodillas
jurò por aquella imagen
la palabra prometida.
En su camara le entra,
donde entre dulces delicias
gozò la mas bella flor,
que en sus jardines tenia.
Mas el correo del gusto
tan velozmente camina,
que dentro de breve rato
se desparece à la vista.

En-

Entre los tiernos arruyos
quedò Isabèla dormida;
vistiòse el Principe al punto,
y la Duquesa tenia
sobre su bufete puesta
una carta medio escrita
de cariñosos requiebros,
que de esta suerte decia:
Glorioso Capitan mio,
mil abrazos dàr queria
en lugar de parabienes
à tu dichosa venida.
Esta era para su hermano;
pero el Principe entendia,
que serìa algun amante,
que la Duquesa tenia.
Arrepentido, y zeloso,
tomando postas aprisa,
à Dinamarca se parte,
dexando esta flor marchita.
Quando despertó Isabèla,
que sus criados le avisan,
que el Principe por la posta
caminaba à toda prisa.
Aqui fueron los suspiros,
las lagrymas, y fatigas,
y de su rubia garzota
arrancar las hebras finas.
De sus galas se despoja,
y de luto se vestìa:
todo de negras bayetas
su Palacio lo cubria,
y metida en su Oratorio
està de noche, y de dia.
Volvamos al Conde, que,
entre congoxas no vistas,
à su Palacio llegò,
y en lugar de telas finas
mirò todas las paredes
de negro luto vestidas:
preguntò: es muerta Isabèla?
Y los criados le avisan,
no señor, que el Oratorio
es su Camara y su Quinta.
Entrò el Conde à el Oratorio,
y la Duquesa dormida
estaba junto à el Altar
de negro luto vestida,
y entre sueños, y congoxas
tristemente repetia:
Rey Soberano, Eterno,
justicia, Señor, justicia,
à Vos ha sido la ofensa,
y el ampararme os precisa.
Esse Principe Albanès
con la palabra benigna,
que ante Vos me diò, gozò
de mi castidad invicta;
y si mi hermano lo sabe,
tendrà fin mi triste vida.
Oyendo su agravio el Conde,
mano à la daga ponia,
diciendole: fiera, ingrata,
pagaràs tu demasìa;
mas à el tiempo de ir à darle,
de la Cruz se desprendia
aquel Señor Soberano,
y el impulso detenia.
La daga se cayò à el Conde,
è hincandose de rodillas,
el prodigio le suspende,
y su culpa le horroriza.
Despertando la Duquesa,
viò el amparo, y se confia
en el Señor Poderoso,
que aplacó tan nobles iras.
Contò el sucesso à su hermano,
y el Conde le ha dicho: aprisa,
desnudense essas paredes,
vistanse de telas ricas,
ponte tus mejores galas,
y à Dinamarca camina,

que

que mientras ciño esta espada,
nada à mi me atemoriza.
Dexemoslos caminar,
y vamos à la alegria
las fiestas, y los torneos,
que en Dinamarca se hacian,
a celebrar, aplaudiendo
del Principe la venida.
La boda se dilató,
porque la Princesa invicta
estaba un poco indispuesta
de graves melancolias,
y solo por alegrarla,
dispusieron cierto dia
unos torneos de gala,
y con garvo, y gallardia
el Principe saliò en ellos;
mas à la primer corrida
se le desboco el Caballo:
valgame Dios, què desdicha!
Midiò la tierra infelice,
y socorriendole aprisa,
sin sentido lo llevaron
à Palacio, y la caida
tanto le atormentò el pecho,
que assi estuvo medio dia
de Fisicos rodeado,
y con nobles medicinas.
En esto al Rey le avisaron,
como à Palacio venia
el Conde con la Duquesa,
su sobrino, y su sobrina.
Salió el Rei à recibirlos,
y contando la desdicha
del Principe, dixo el Conde:
Pues gran Señor, mi venida,
solo es à pediros campo
contra quien me tiraniza
el honor con falsedades,
con promessas, y mentiras.
Contòle, en fin, el sucesso,
y el Rei suspenso se admira.
En esto el Principe vuelve
al poder de medicinas;
y quando viò á la Duquesa,
le dice: Prenda querida,
tù eres Princesa de Albania,
aunque yo pierda la vida.
En el otro mundo he estado,
y aquella Imagen Divina,
ante quien te di palabra,
muy enojado me avisa,
que te cumpla lo que devo,
si no quiero vèr sus iras:
con que mi esposa has de ser,
aunque me cueste la vida.
El Rei replicò: pues còmo
desayrada queda mi hija?
Y la Princesa responde,
mostrando grande alegria:
Esposo tengo yo, Padre,
tan bueno, y de tal estima.
Quièn es? Le pregunta el Rei.
El Conde hincò la rodilla,
y en breve le ha dado cuenta
de sus venturosas dichas,
de su lealtad, y nobleza,
y valor, que le acredita.
Con que toda Dinamarca
con jubilos, y alegrias
celebraron las dos bodas,
que se hicieron en un dia.
De tan peregrino caso
tuvo Bermudo noticia,
y diò à la prensa estos rasgos,
y al Auditorio suplica,
que perdonen de su pluma
las faltas que aqui se miran.

Con licencia: En Cordoba en la Plazuela de las Cañas.